

CARLOS GARCÍA MIRANDA

**ALBERTO FLORES GALINDO Y
NUESTRA TRADICIÓN AUTORITARIA**

Existe una teoría literaria llamada Narratología. En ella encontramos una serie de conceptos a través de los cuales se interpretan textos. Uno de estos conceptos es el de "Autor Implícito". Seymour Chatman lo define como aquel autor que es "reconstruido por el lector a partir de la narración. No es el narrador —insiste Chatman— sino más bien el principio que inventó al narrador, junto con todo lo demás en la narración, que amontonó las cartas de esta manera especial, hizo que estas cosas sucedieran a estos personajes en estas palabras o imágenes. A diferencia del narrador, el Autor Implícito no puede contarnos nada. Él, o mejor dicho, ello no tiene voz, ni medios de comunicación directas, nos instruye silenciosamente, a través del diseño general, con todas las voces, por todos los medios que ha escogido para enseñarnos".

Como yo no conocí a Alberto Flores Galindo sino a través de sus libros, para satisfacer mis manías de lector, me he construido a través de sus páginas una imagen de él. Lo imagino como aquel hombre que —según Platón— Sócrates encerró en una caverna. Él fue el único, o uno de los pocos, que sospechó durante mucho tiempo de las sombras que lo rodeaban y se atrevió a salir. Y vio la luz, o lo que pensó era la luz. Al regresar trató de persuadir a sus compañeros de que salieran, interpe­lándoles constantemente sobre sus creencias. Es decir, se convirtió en un perseguidor de conciencias, o malas conciencias. No sé si Flores Galindo lo haya conseguido, no conozco a todos sus colegas, pero sí sé que lo intento hasta poco antes de morir, un lunes de abril al mediodía.

En este intento de persuadir a sus compañeros elaboró una serie de teorías relacionadas con el estado, la democracia, la socie-

dad civil, los movimientos subversivos, los derechos humanos, el mundo andino y sus utopías, sustentadas éstas, como decía Mariátegui, más que por el intelecto –que de hecho lo tenía– por la pasión.

En el libro que hoy nos convoca, *La tradición autoritaria: violencia y democracia en el Perú*,¹ vuelve a mí esa imagen del perseguidor de conciencias. Y como sucede en otros de sus libros, aquí también nos interpela. Dicha interpelación se desliza a través de dos niveles. El primer nivel es el que se desarrolla en la superficie del texto. En él discute la relación estado y sociedad civil, los movimientos subversivos, y el socialismo. Y el segundo nivel es el profundo, o sea, el que está entre líneas, que no se muestra en la textura narrativa; es lo no-dicho. Aquí discute la historia como disciplina.

Con respecto al primer nivel, establece que desde su fundación en 1822 la conformación del Estado o La República no fue producto del consenso social, sino de ciertos discursos sustentados en ideologías mal entendidas. “En ese entonces –afirma Flores Galindo refiriéndose a 1822–, cuando no existía Canal de Panamá ni navegación a vapor, y el viaje de Lima a cualquier puerto europeo requería de varios meses, las ideas republicanas eran tan novedosas como inciertas. La Santa Alianza aparentemente las había liquidado en Europa. Rousseau era detestado por Metternich y sus compinches; la bandera tricolor era tan aberrante como después lo serían las banderas rojas. No existían como Estados nacionales ni Alemania, ni Italia, para mencionar el archipiélago de nacionalidades que eran los países al este del Elba.

En otros continentes, habría que esperar hasta este siglo para que surgieran repúblicas en África y Asia. El Perú, al igual que gran parte de la América Latina de esa época, al optar por la República, retomaba la posta dejada por las fuerzas más avanzadas de Europa y parecía confirmar esa vieja idea según la cual aquí se realizaban los sueños y los proyectos del Viejo Mundo. La República será en sus

¹ Alberto Flores Galindo. *La tradición autoritaria: violencia y democracia en el Perú*. Aprodeh-Sur. Lima, 1999.

inicios el esfuerzo de un germinal grupo de intelectuales –Sánchez Carrión, Vidaurre, Luna Pizarro, Lazo– por edificar una voluntad política y tratar de cortar el lastre de la herencia colonial”

Una de las consecuencias de este proceso fue que el vacío dejado por la aristocracia colonial no fuera ocupado por ninguna otra clase social, sino por los militares. De esta manera, se insertaba en la dinámica política del Perú una contradicción: la instauración de la democracia en un espacio político dominado por el autoritarismo castrense. En efecto, Flores Galindo llega a establecer que el autoritarismo no sólo se manifestó abiertamente en los regímenes de facto que gobernaron el país, sino también en los gobiernos civiles. Y más aún, esta situación se mantiene hasta nuestros días.

Este evento ha generado el surgimiento de una ideología autoritaria, sustentada en una retórica nacionalista de cuño castrense, que en su práctica ha desarrollado una serie de marginaciones y exclusiones de la sociedad civil, como el racismo y la servidumbre. Este proceso ha potenciado diferentes movimientos de rechazo. Uno de ellos es el caudillismo, que en su origen estuvo vinculado a los levantamientos independentistas de los militares, pero que a través de los años se ha ido distanciando del mismo, convirtiéndose en un símbolo político de claro tinte antimilitarista. Flores Galindo pone como ejemplo a Nicolás de Piérola y Manuel Gonzales Prada.

Otra de las consecuencias fue el surgimiento de movimientos subversivos. “El papel de los militares –afirma Flores Galindo–, y la precaria democracia peruana terminaron reencontrándose ante un problema planteado por el surgimiento de una alternativa violenta. Antes de que fueran conocidos los resultados del proceso electoral de 1980, en una lejana localidad ayacuchana, el pueblo de Chuschi, una columna guerrillera del llamado Partido Comunista del Perú (Sendero Luminoso) destruyó las ánforas en una verdadera declaración de guerra a la República. Si se hubiera tratado de un grupo de alucinados, a esta altura el problema habría sido solucionado. En 1965, con la ayuda de helicópteros y del napalm, las fuerzas armadas destruyeron en seis meses a los focos guerrilleros. Esta vez, el

fenómeno se prolonga por más de seis años y no tiene visos de terminar en el corto plazo”

Junto a estos movimientos también apareció en la escena política el clasismo, movimiento que agrupaba principalmente a la clase obrera nacional –aunque también se extendió a otros sectores sociales. El clasismo había establecido una noción de democracia emparentada con el concepto de igualdad social. Es decir, “una nivelación desde abajo”. El problema con este movimiento social es que, según Flores Galindo, no logró articularse en torno a una base ideológica, sino se estableció como una práctica colectiva sin ninguna orientación política definida.

Es en este punto, después de caracterizar a estos movimientos como proyectos utópicos, Flores Galindo desliza la idea de que una alternativa viable, si se discuten sus fundamentos, es el socialismo. “Entre quienes optan por el cambio –afirma –, la cuestión en debate es la capacidad del proyecto socialista para repensar la democracia y construir una sociedad nueva, en la que la abolición de las formas de explotación económica, sea una manera de controlar al poder central, garantizar a las organizaciones y doblegar al autoritarismo. Un verdadero desafío –insistirá– si se piensa en que se trata de combatir a los dominadores pero, sobre todo, a esos mecanismos impositivos y excluyentes que, como el racismo o el caudillismo, son parte consustancial al hecho de “hacer política” en el Perú y componentes en la cultura de sus clases populares”.

Hasta aquí, el recorrido narrativo que se desarrolla en la superficie de este texto.

En el nivel profundo, como dijimos líneas arriba, se discute la historia como disciplina. Quiero empezar a recorrer este nivel con una confesión. Yo nunca leo las solapas de los libros, salvo por necesidades bibliográficas. No lo hago porque sé que los comentarios de las solapas no se redactan para guiar al lector con respecto a los contenidos del texto, sino para venderlo. Ahí no interesa que los textos no tengan nada que ver con el comentario, el asunto es impresionar al lector incauto para que compre el libro. En realidad desa-

rolla la misma función que la carátula. Si logra impresionar, si vende, es una buena carátula o solapa. Esto lo aprendí en el par de veces que tuve que redactar solapas. Por ello, recién hace unos días, cuando escribía este texto me vi en la necesidad de consultar la solapa del libro de Flores Galindo, y ahí me enteré de que era historiador.

Lo que sucede es que la escritura de Flores Galindo escapa a lo procesos metodológicos del historiador tradicional, quien, generalmente, está dominado por la precisión del dato, la creencia de que la verdad histórica se encuentra en documentos fidedignos, y ubica su descripción de los hechos en el eje diacrónico. Al parecer, Flores Galindo ha desarrollado ciertos lineamientos metodológicos que lo vinculan a corrientes posestructuralistas de la historia. Como ellos, para Flores Galindo el hacer histórico es multidisciplinario, se sustenta en la textualización o narrativización de los eventos, y se ubica tanto en el eje sincrónico como diacrónico.

Al visualizar el espacio histórico como una narración, Flores Galindo ejecuta una serie de procedimientos narratológicos que tienen como finalidad representar sujetos. En este proceso, por un lado, él incorpora en el hacer histórico una serie de prácticas culturales como relatos –recuérdese su apelación a la narrativa de José María Arguedas como referencia– mitos y otros eventos. Y por otro, utiliza recursos literarios para historiar el pasado en relación a un presente.

Evidentemente, lo anterior se ubica en el plano hipotético. Habría que desarrollar un estudio metahistórico de sus trabajos para fijar con mayor claridad estos aspectos que, sumariamente he señalado.

Todos estos contenidos configuran un sistema de reflexión multidisciplinario, donde es difícil –y en el fondo tampoco importa– determinar si el que escribe es un sociólogo, antropólogo cultural o crítico literario. Un sistema, además, rico en matices y, sobre todo, dialógico. En efecto, siguiendo el magisterio de Mariátegui, en escritos, como *La agonía de Mariátegui* o *En busca de un Inca*, su li-

bro más celebrado, nuestro perseguidor de conciencias plantea temas de discusión y exige debates.

En *La tradición autoritaria...*, por ejemplo, se pude articular una agenda problemática. Los temas serían 1) el problema de la representación social en la República; 2) la legitimidad histórica de los movimientos utópicos; 3) cómo desestructurar la ideología autoritaria castrense que domina a las clases políticas, sean de izquierda o derecha; 4) la posibilidad del socialismo no sólo como alternativa política sino como una nueva moral; y 5) el problema de la historia como disciplina.

Y bueno, sobre todo, cómo hacer viable ahora esta agenda problemática que fue enunciada en 1986 –año en que nuestro país sufría una de las peores crisis de su historia republicana–, y no pudo salir a la luz ¿Podrá ahora convocar a la intelectualidad nacional, principalmente a la izquierda, el sector intelectual y político llamado a promoverla?

Es evidente la actualidad de sus planteamientos. Cualquiera que lea este libro entenderá que presidentes como Alberto Fujimori y asesores como Vladimiro Montesinos son viejos conocidos en nuestra historia. También la influencia de los militares en la esfera política nacional. En realidad, según Flores Galindo, la República nació con ellos.

¿Y cual es la alternativa? En aquella carta-despedida que nos dejó antes de su muerte, este habitante de la caverna de las sombras nos mostró la luz que vio y trató de enseñar a sus compañeros. En ella dijo: “aunque muchos de mis amigos ya no piensen como antes, yo, por el contrario, pienso que todavía siguen vigentes los ideales que originaron el socialismo: la justicia, la libertad, los hombres. Sigue vigente la degradación y destrucción a que nos condena el capitalismo, pero también el rechazo a convertirnos en la réplica de un suburbio norteamericano. En otros países el socialismo ha sido debilitado; aquí, como proyecto y realización, podría seguir teniendo futuro, si somos capaces de volverlo a pensar, de imaginar otros contenidos. Esto no es la moda. Es ir contra corriente. También de-

bemos enfrentarnos a los cultores de la muerte o a aquellos que sólo piensan en repetir las recetas de otros países. El desafío creativo es enorme ¿Podremos?”

Lima, setiembre 1999

Ballón Vargas, José Carlos; *UN CAMBIO EN NUESTRO PARADIGMA DE CIENCIA*. Lima, 1999, CONCYTEC, 428 pp.

Uno de los asuntos más importantes y complejos, desde el punto de vista de un escritor, es el ganar para los lectores territorios muchas veces esquivos para el sentido común. Este es el caso de los temas científicos, los cuales suelen verse como parte de un repertorio para especialistas, donde otras preocupaciones –como pueden serlo por ejemplo, aquellas que indagan por los vasos comunicantes entre ciencia y visión del mundo– están fuera de lugar.

Con frecuencia, la perspectiva que intenta ir más allá de la exacta ecuación matemática y de las realidades descritas por las mismas, puede ser rechazada, en el mejor de los casos como pura especulación y en el peor, como mera divulgación.

José Carlos Ballón, filósofo y profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos nos introduce en estas y otras interrogantes en su libro *Un cambio en nuestro paradigma de ciencia*, editado por el Consejo Nacional de Ciencia y tecnología (Lima, 1998, CONCYTEC, 427 pp.).

Como investigador y estudioso, nuestro autor intenta situarse en una tradición interdisciplinaria de diálogo, que asume de difícil existencia en el Perú. Pero esta dificultad no significa para Ballón inexistencia, sino todo lo contrario, perseverancia y tenacidad por parte de quienes desde nuestro país, le han dedicado su esforzado trabajo.

Para explicar esta dificultad, Ballón no intenta buscar razones externas al discurso científico, como el consabido “desencuentro entre nuestras sociedades y el pensamiento científico moderno...